

2 - Disfrutando de los parajes de la Dordogne en Bealieu-sur-Dordogne y Argentat-sur-Dordogne. Lo rural en Saint Mathurin Léobazel. Añoranzas en las ruinas de Tours de Merle. Monasterio, y perfumes de Chanel, en Aubazine . Sosegada Ste Fortunade. Romance y naturaleza en Gimel-les-Cascades.

BEALIEU SUR DORDOGNE



Bealieu-sur-Dordogne era una hermosa ciudad medieval, de cielos luminosos, enclavada entre verdes colinas a orillas de un majestuoso y tranquilo río Dordogne. Un mítico río que nunca decepciona, ya desde su nacimiento en el volcán de Sancy en Auvernia, a su desembocadura de Burdeos. La ciudad posee un carácter pintoresco y lleno de encanto con sus restos de murallas, sus puertas, antiguas casas, la esplendorosa basílica y viviendo al ritmo de su río rodeado en un refrescante entorno bucólico. Esta particularidad atractiva se debe esencialmente a su estructura medieval y a la calidad de su arquitectura con sus calles estrechas, plazuelas, las puertas de las murallas, casas muy juntas.

Rebasando la Porte de la Chapelle accedí al casco antiguo, donde se alineaban antiguas casas de entramado de madera y calles empedradas que me arrastraron a la antigua Abadía benedictina. Frente a la iglesia, y en el barrio a su alrededor, se amontonaban antiguas casas renacentistas con fachadas adornadas de esculturas, medallones, ventanas geminadas y flanqueadas por torreones.



Las sinuosas calles parecían converger hacia la Abadía de Saint Pierre, fundada a mediados del s.9, y su magnífico portal románico que representa el juicio final, una obra maestra que data de 1125 y cuyo tímpano representa un Cristo resucitado que abraza a toda la humanidad en sus brazos abiertos.

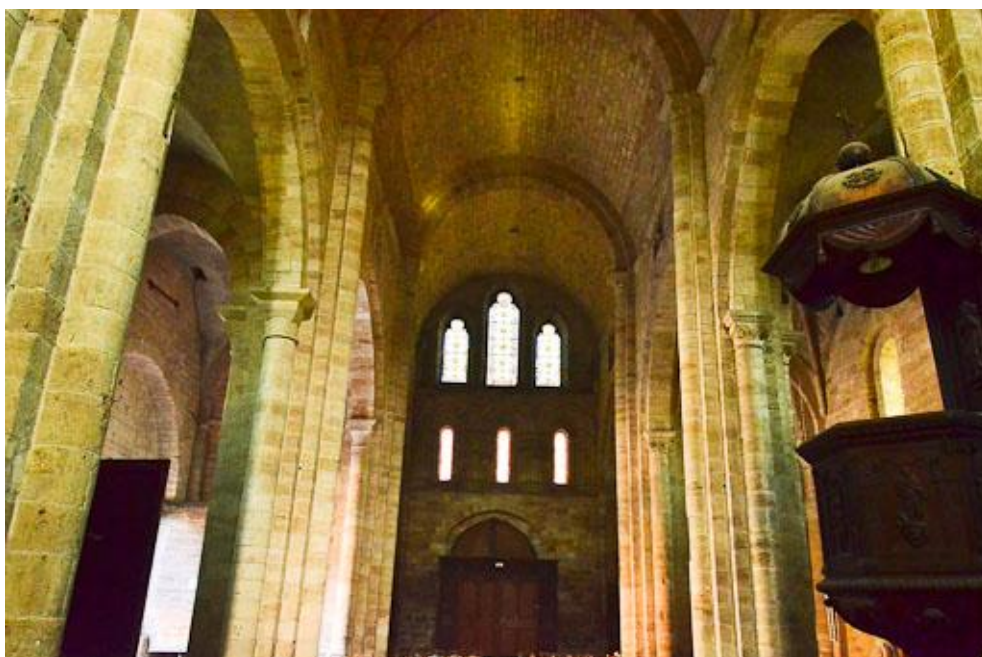
Me adentré unos pasos en aquel recinto y me impregné de la atmosfera reinante en él. Al cruzar sus altísimos arcos hasta la nave principal, me sentí tan insignificante como un simple turista. Siendo la iglesia más grande de Correze, la primera impresión fue de una amplitud infinita, ya que posee unas medidas excepcionales con 63 metros de larga y 23 de alta. Disfruté de un interior fresco y silencioso. Siempre me gusta ese olor de los antiguos templos de piedra.

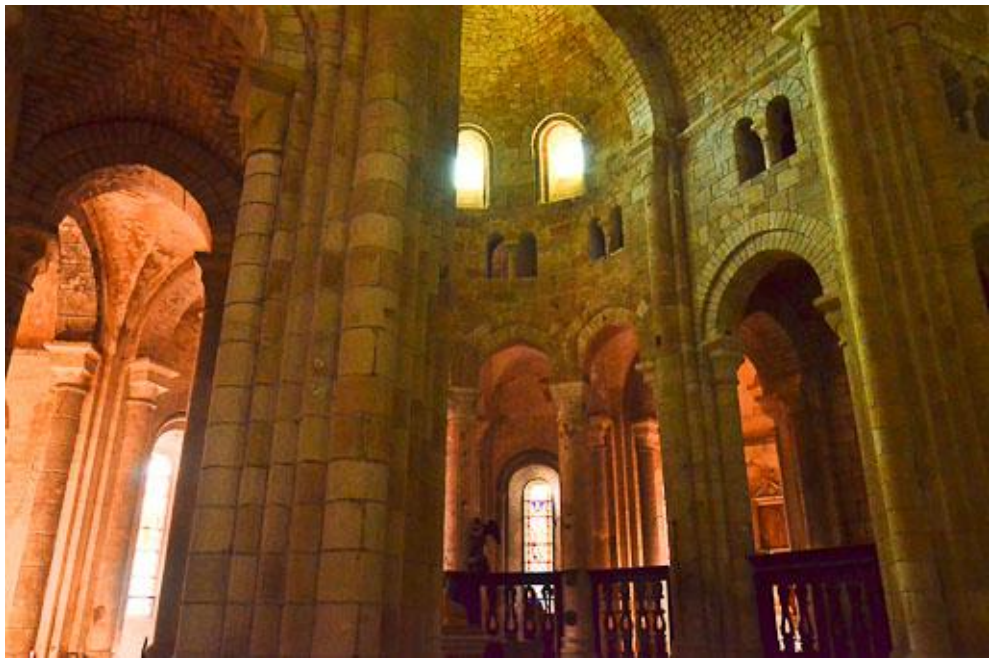


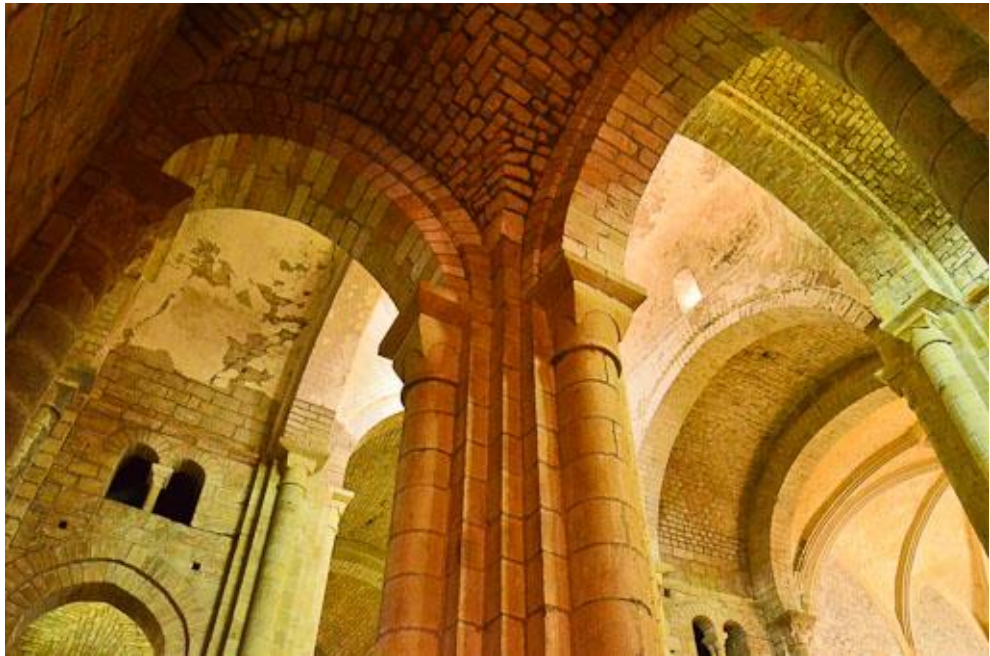
















Alejándome un poco del centro, me encontré paseando por un casco antiguo de casas con balcones de madera que me llevó al antiguo barrio de pescadores y constructores de barcazas. La Dordogne extiende sus aguas frente a los muelles del antiguo puerto, desde donde partían las barcazas que descendían por el río hacia Bergerac y Libourne.

Hoy es un lugar agradable y particularmente fotogénico con la imagen de la Capilla de los penitentes s.12, sobre una isleta situada en el extremo de una península a nivel de los muelles y cuyo macizo campanario de cinco tramos se reflejaba en las aguas del Dordogne. El paseo por la orilla del agua, escuchando su sonido susurrante, tenía un efecto balsámico sobre mí. Fue un instante perfecto y en un lugar donde no existen colores como aquellos.









Cruzando el Dordogne, por una pasarela, llegué a un lugar donde el río era ancho y de una belleza exótica. En la orilla se extendían campos y prados en un paraje desierto de aguas tranquilas, césped verde, arboles y abundante vegetación. Con la cara vuelta hacia el paisaje, y aspirando los olores de aquel lugar, el espectáculo que ofrecía era único. Parecía una gran postal de luz reflejada en el agua envolviendo todo en una atmosfera cegadora e irreal, por la que se caminaba como a través de un sueño

Siguiendo el perfil se veía la ciudad de Beaulieu sur Dordogne, sobre la que despuntaba el campanario de la iglesia de Saint Pierre, el puerto de pescadores y la bella imagen de la capilla de los Penitentes Azules reflejando la imagen de su campanario sobre las aguas del gran río. Permanecí largo tiempo en este lugar, sentado y aprovechando la ultima luz de la tarde, observando como el sol se hundía detrás de las colinas, mientras aspiraba el tibio y claro aire del anochecer.









ARGENTAT SUR DORDOGNE



La temperatura había sido sublime, muy cálido durante el día, fresco de noche y el amanecer había sido de una perfección cristalina, un comienzo ideal para disfrutar de otro paseo por Beaulieu sur Dordogne y contemplarlo bajo la luz del nuevo día. Siguiendo el viaje, la carretera discurría contigua a las prolongadas vueltas del Dordogne y observaba por el parabrisas la calzada ondulada y sinuosa entre bosque y agua disfrutando de las hermosas vistas y aquella sensación de libertad.

El puente de la Republica ofrecía unas vistas extraordinarias del río, del pueblo y el paraje alrededor de Argentat. Las orillas estaban bordeadas de edificios elegantes y pintorescos que dan testimonio de la pasada prosperidad de la ciudad. Destacaba el gracioso Quai Lestougie con su puerto y sus casas cubiertas de unos característicos tejados de lajas de piedra.









Sintiéndome transportado en el tiempo a una época más agradable y gentil, paseaba junto al río donde los muelles permanecen todavía pavimentados con la piedra tradicional y bordeados por las antiguas casas de pescadores, cuyas geniales fachadas emergían doradas por el sol de la mañana. Aquel era un gran espacio escenográfico de graciosos techados con torres cubiertas de lajas y tejados cónicos. Las aguas verdes reflejaban la luz y las casas de las orillas. A modo de escultura "le Courpet", fiel reconstrucción de una barcaza del Haute-Dordogne, homenajeaba a las embarcaciones tradicionales de fondo plano que enriquecieron la ciudad. Aquel paisaje urbano ofrecía un ambiente tranquilo y colorido que invitaba a pasear en un marco pintoresco y entrañable.

Este pueblo, situado en la primera gran llanura aluvial formada por el Dordoña en la desembocadura de profundas gargantas, fue durante siglos un importante puerto comercial. Su historia y su desarrollo están íntimamente ligados al río, durante mucho tiempo puerto comercial con las tradicionales gabarras de fondo plano cargadas con productos locales y destino a la región de Burdeos y su puerto marítimo. El tráfico cesó definitivamente a principios del siglo XX con la llegada del ferrocarril.









Hacía calor y el pueblo permanecía dormido, paseaba a media mañana por las aceras desiertas de una ciudad que me pareció rica en callejones llenos de historia. Estrechas calles de fachadas blancas o cremas, contraventanas de madera blanca y tejados de lajas oscuras. Un conjunto arquitectónico fusionado en algo cuya desnudez tenía una calidez sobria y sólida.

En este bello conjunto destacaban: Le Bastier, barrio del antiguo hospicio, con numerosas casas antiguas. Rue Porte Basse, ubicación de una puerta fortificada que conducía al antiguo fuerte. La Vigerie, una casa torre de vigilancia. La Raymondie, reconocible por sus torres gemelas, donde los vizcondes de Turenne celebraban sus reuniones. La Maison Forte de Soulages, una de las más antiguas, que data del s.14. Le Manoir de l'Eyrial, preciosa casa de entramado de madera con torre pentagonal y tejado de pizarra.







SAINT MATHURIN LÉOBAZEL



Ante mí había una silenciosa carretera rural, bajo la luz de un sol brillante, donde los árboles extendían su túnel de ramas en torno a la calzada, que ascendía serpenteando a través de aisladas granjas boscosas. Largos muretes de piedra seca, cubiertos de verdín, cercaban pequeños campos donde se diseminaban vacas y ovejas.

Asomó de pronto la imagen despejada de una minúscula población espectacular, situada al final del estrecho y tortuoso camino campestre. Este armonioso pueblo parecía construido alrededor de su pequeña iglesia románica del s.12 y caminar por sus calles era como sumergirme en la sensación de que en determinados lugares no existe el tiempo.





Había algo en aquel terreno virgen que resultara casi mágico. Me pareció muy notable el hábitat típico de la región con majestuosos techos de pizarra o lajas y sus tragaluces abuhardillados sostenidos por paredes de granito estupendamente equilibrado y homogéneo. A lo largo de sus muros de piedra seca se vislumbraban oratorios, pozos, cruces de granito, establos, una casa balconada del s.18, un horno de pan.

El profundo silencio del paisaje rural me presionó los oídos, como si los taponara, no había movimiento por los campos ni se oía nada, ni por los setos ni los caminos. En sus cuidados césped y limpios prados soplaban una ligera brisa caliente que traía consigo el aroma de las flores y mas allá la vista abarcaba bosques verdes, densos y llenos de verano.









TOURS DE MERLE



El día tenía una claridad engañosa y las sombras de las nubecillas se deslizaban por los montes boscosos, mientras yo me ponía en marcha por la carretera que serpenteaba entre las colinas por un territorio de pendientes pronunciadas y valles profundos. Árboles vetustos y cubiertos de hojas se alzaban a ambos lados del camino y las ramas densamente entrelazadas ocultaban la luz diurna.

Escondida en un entorno vegetal, como enclavada en el corazón de una naturaleza salvaje y preservada, las Tours de Merle se ofrecía a mi mirada en un lugar único y mágico, grandioso y misterioso, erigido sobre un promontorio rocoso dominando el río Maronne (afluente del Dordogne). Me hallaba en el corazón de la Xaintrie, una región desconocida y un paraíso ecológico, discretamente enclavada entre las montañas del Cantal y el valle de Dordogne. En un paisaje de bosques y profundas gargantas, formando una fortaleza natural, la ciudad de Merle es un espectacular conjunto feudal de siete torres erigidas entre los siglos 12 y 15, cada una de ellas perteneciente a un señor diferente.





Pasando por las ruinas del pueblo medieval, con los restos de las casas en las laderas al pie del peñón, y otras reconstruidas y usadas como oficina, tienda de suvenires etc. En el s.14 el pueblo se componía entonces de una treintena de chozas acompañadas de sus jardines y huertas. A finales del s.17 la población del pueblo, al no poder contar ya con la protección de los señores, se dispersó. Sin embargo, algunos habitantes continuaron ocupando el pueblo al pie de la roca hasta principios del s.20.

El camino continuaba por una escalera de piedra desgastada, por las pisadas y los siglos, que ascendía atravesando un pórtico de piedra y torretas diseminadas y ante mí se extendía una meseta suavemente ondulada, mientras arriba en el cielo, vagaban las nubes altas y difusas. Sobre la meseta se emplazaban numerosas torres y edificios residenciales, componiendo un conjunto para melancólicas nostalgias y cultos a fantasmas. Senderos serpenteantes, que subían y bajaban, me transportaban con la mirada clavada en las torres y sus diez siglos de historia.















Merle no es un castillo, en sí mismo, porque el sitio integra varios "castillos" de siete familias de señores que lo cohabitaron, convirtiéndolo en un co-señorio. Varias torres cuadradas se levantan en el mismo lugar para evitar que cada familia se dispersase y se debilitase. Así es como los señores de Merle, Veyrac, Pesteils, Carbonnières, Noailles, Saint Bazile se asentaron en este espolón.

Una vez cruzada el laberinto defensivo de la entrada, aparecía enfrente el fuerte de los señores de Saint-Basile (E). Construido en los s.12 y 14 el fuerte dependía del Château des Carbonnières y estaba formado por torres yuxtapuestas y revelaban entre sus ruinas chimeneas, pasajes, puertas y letrinas que conducían al vacío. Los llamados edificios Cafolenc estarían ubicados en el lugar de la primera construcción del castillo situada en el norte de la península (K), sería la más antigua (s.10 o 11), luego se construyeron los castillos de Pierre de Merle (I) y Veyrac (H). Sus edificios fueron demolidos en 1576 por el gobernador de Auvernia. Todo lo que queda es una torre que todavía alberga una escalera de caracol de piedra.

La ubicación de la antigua capilla señorial (J), dedicada a Saint Léger, marcaba la entrada al 2º recinto. A la segunda parte del "castrum" se entraba por un túnel que estaba justo debajo del coro de la capilla. Este edificio (D), perteneciente a poderosas familias de Quercy y Auvergne, consta de dos construcciones separadas y contiguas. Debían incluir una veintena de habitaciones repartidas en siete niveles. Los muros están horadados con grandes ventanales y aún podemos ver chimeneas con manto sobre arco rebajado.

La torre de Fulcon de Merle (F), el señor más poderoso de Merle, data del s.13. Esta Torre se levanta en cuatro niveles, la planta baja donde se encuentra la bodega, está construida sobre la roca, las habitaciones de los pisos superiores están abovedadas con arcos de medio punto y albergan una cocina con pisos de adobe con alacena, chimenea, así como el dormitorio de las hijas de Hugues de Merle con letrinas (en perfecto estado) y ventanas.

El castillo de Hugues de Merle (G), que data del s.16, hermano de Fulcon de Merle, tiene tres plantas y es uno de los edificios mejor conservados del lugar con salas de bóveda de cañón que componían el sótano, la cocina, los dormitorios con chimenea y letrinas. Es el edificio más elegante y alto del conjunto.

Sobre la plaza de Ferradou (C) se encuentra la muralla que separa ambas construcciones. La torre Fulcon de Merle(F), el fuerte Saint Basile(E), el castillo d'Hugues de Merle (G), el torreón de Noailles (B), datan del s.14 y están protegidos por un recinto rectangular.

El torreón de Pesteils (A) s.13 funcionó como torre residencial. Con cinco niveles , una escalera de piedra da acceso a una terraza coronada con almenas y presidida por una torre vigía.

AUBAZINE



Mientras el sol se colaba entre los árboles, y despuntaba una mañana sin nubes, conducía por una red de pequeñas carreteras sinuosas con paisajes tan variados como encantadores. Aubazine apareció bajando en cascada por un promontorio boscoso y soleado en contacto directo con la naturaleza y la torre de la Abadía descollando por encima de los demás edificios.

Pintorescas callejuelas, donde las fachadas de las casas se decoraban con reutilizadas piedras de los edificios de la Abadía, me condujeron a una plaza sombreada en la que casas, comercios y hoteles se agrupaban cerca de la antigua Abadía, a la que la población debe su existencia.





Esta iglesia Abacial fue construida en el siglo 12, siendo un logro románico cisterciense por la calidad de su arquitectura. Los edificios de la abadía, reunidos alrededor del jardín del antiguo claustro, ofrecían aún intactos la sala capitular y la sala de trabajo de los monjes.

Nada había cambiado realmente durante 800 años. Era un sobrio edificio de solidas paredes, pilares con arcos de bóvedas de cañón y escasamente iluminado que trasmitía cierta fuerza melancólica, una magia silenciosa y fascinante, al mismo tiempo que me transporto en una fracción de segundo a otra época. Puse mis manos sobre sus paredes y sentí su cálido poder.



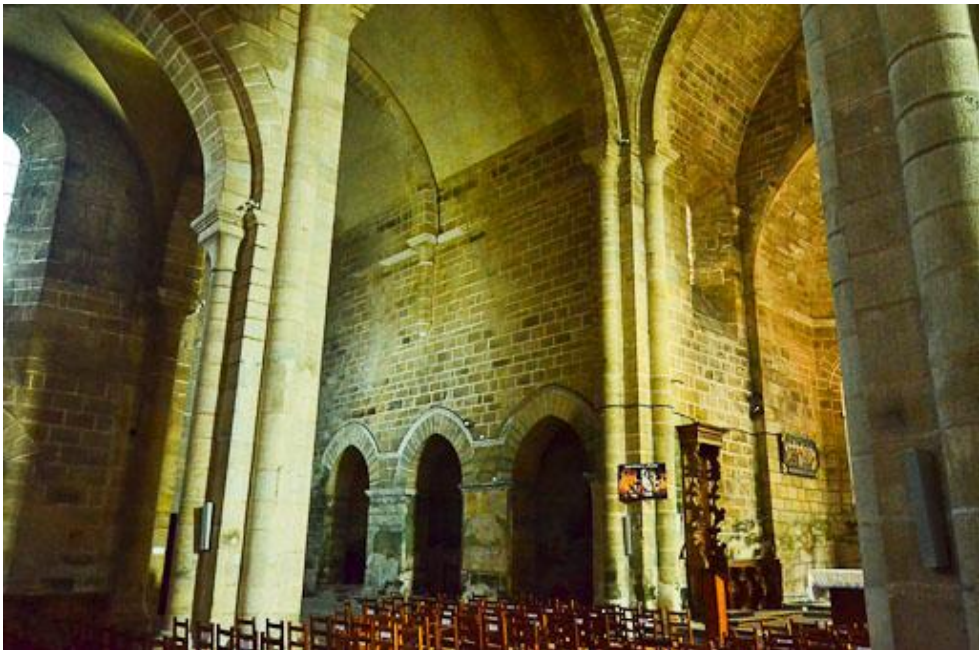




El canal, conocido como Canal des Moines, es una obra excepcional y un diseño único en Europa . La situación geográfica del monasterio, en un paraje desprovisto de agua, requirió la construcción de un canal para regar el estanque, los jardines y hacer funcionar tres molinos. Siguiendo los contornos de la pendiente rocosa y empinada del valle de Coyroux, este canal que se extiende a lo largo de 1500 metros, fue un verdadero desafío y aún hoy es testigo del saber hacer y la audacia de los monjes para sortear los obstáculos naturales.

A principios del siglo 20, la Abadía sirvió como orfanato y albergó a una famosa residente durante seis años: Gabriel Chanel. Lugar donde la futura "Mademoiselle" de la moda aprendió a manejar la aguja con las monjas y se inspiró de la vida austera de la Abadía, con su estilo y gusto por la ropa de líneas limpias y la predilección por colores negros, blancos y el beige. Siendo el logo de su casa, el entrelazado de las dos "C" de las vidrieras de la Abadía.





SAINTE FORTUNADE



Saliendo de Aubazine la ruta me llevaba por la ribera derecha del profundo valle, escavado por el río Corrèze, entre los altos de bosques y el verde brillante de los campos destellando a la luz del sol. Sainte Fortunade apareció situada en una meseta, ofreciendo una vista panorámica excepcional de la región.

Paseando por sus callejuelas disfrutaba del ambiente rural, sereno y natural del lugar, donde el tiempo parecía haberse detenido en una época muy anterior. En el centro del pueblo, erigido sobre una suave hondonada, un agradable y bonito parque arbolado encuadra un pintoresco castillo del s.15 y al lado se alzaba la iglesia románica de St Martial.





El conjunto, castillo e iglesia formaban un halo ensoñado y suspendido en el tiempo. La iglesia era un sobrio edificio de campanario en madera, solidas paredes, pilares con arcos apuntados y rodeada de prados que el verano había cubierto de flores. En su interior, una estrecha sala de paredes de piedra con un techo de bóveda de cañón y robustas vigas de madera, se custodia el relicario obra del s.15 de Sainte Fortunade desde el 894 y que da nombre al pueblo.

Un conjunto de casas nobles, burguesas y campesinas se aferraban al pie del castillo y su iglesia, con sus viejas construcciones deterioradas que se alternaban con fachadas restauradas. Pueblo, casas, castillo e iglesia me sumergieron en el mundo del señorío y campesinos de siglos pasados. Los pocos coches reforzaban aquella impresión de soledad.









GIMEL-LES-CASCADES



Saliendo de Ste Fortunade las edificaciones se iban espaciando cada vez mas hasta convertirse en pequeñas granjas por las afueras del pueblo. La carretera serpenteante remontaba el valle Corrèze entre vistas del bucólico paisaje circundante, donde pastaban pacíficamente las manadas de ganado de la raza Limosin y desde las prominenciadas márgenes se alzaba el aroma de las flores silvestres.

Me sorprendió la posición, dominante y espectacular de Gimel les Cascades, y el caldero de colinas que circundaban el valle hendido por profundos desfiladeros, y mientras respiraba el aire de las montañas y miraba a mi alrededor sentí que era capturado por la atmosfera del lugar. Era como si de alguna manera aquel territorio, con su singular aislamiento geográfico, existiera fuera del tiempo.





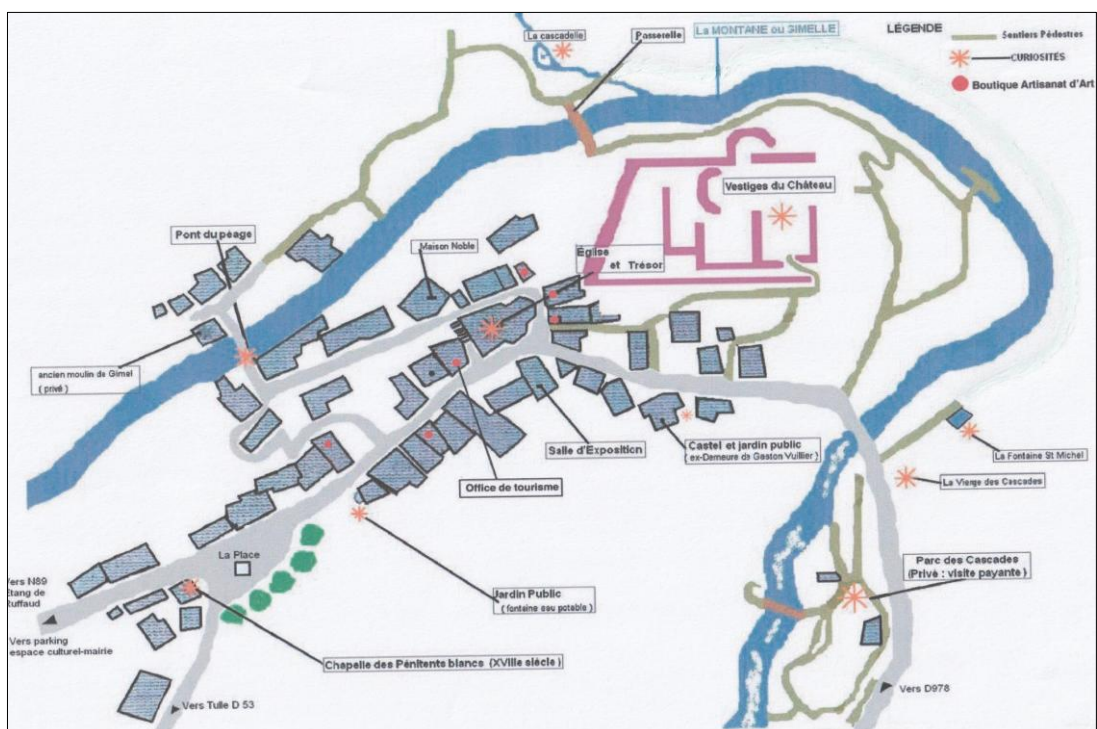




Paseaba por adorables calles llenas de encanto con casas antiguas, flores, piedras, decoraciones y tiendas de artesanos que mostraban bonitas creaciones de vidrio soplado, esmaltes, cerámica y terracota.

La fachada y modesta de la Iglesia de Saint Pardoux presidia la estrecha calle principal desde el lado central con su maciza torre de cuatro campanas. La iglesia data de finales del s.15 con carpintería del coro del s.18 y pinturas murales del s.15 y 16. Pequeña y acogedora posee una bóveda de cañón de madera y un interior silencioso y fresco en este día caluroso. El castillo medieval, llamado "la Roche Haute", fue destruido durante las Guerras de Religión y sus restos destacan sobre un promontorio rocoso con vistas a la ciudad y el valle.

El florido pueblo alberga varios pequeños jardines secretos, como si estuvieran suspendidos sobre el valle, y que me permitieron disfrutar de esa hora de una hermosa tarde que empezaba a dar paso al crepúsculo, con el sol inundando de luz dorada las montañas.















El paseo hasta Pont de Peaje me permitió prolongar agradablemente la visita a lo largo de las orillas del río Montane. Pasado un antiguo molino, con tejado de paja, quedé inmerso en un baño tonificante de naturaleza con árboles tortuosos, piedras salpicadas de musgos espesos y suaves, disfrutando del frescor y del olor penetrante a tierra que reinaba en el aire. Las pequeñas cascadas llenaban el lugar de humedad sonidos y gorgoteos me transportaron por una inmersión de naturaleza.

Bajando por el camino principal, hasta el puente de piedra, se llega a las cascadas del pueblo homónimo. En un desfiladero salvaje, el Montane se abre paso entre las rocas y se precipita en magníficas cascadas con una vegetación exuberante y un verdadero espectáculo de la naturaleza en toda su fuerza y poesía. Están formadas por tres cascadas sucesivas, con una altura total de 143 metros, y que se pueden admirar a lo largo de un fácil y agradable paseo: la gran Saut (45 m), la Redole (38 m), y la Queue de Cheval (60 m), esta última se arroja en el llamado " abismo del Infierno".



